

# De la hacienda al ejido a través de una historia de vida

Gustavo Barrientos\* y Carlos Gutiérrez\*\*

**RESUMEN:** Este trabajo de carácter testimonial dialógico muestra el proceso que vivió una persona nacida en una gran hacienda pulquera de Tlaxcala y quien siguió la trayectoria de vida de valedor a tlachiquero, hasta alcanzar la posición de mayor de tinacal, en el contexto de las vicisitudes de la Revolución Mexicana. Posteriormente, experimentó la transformación de la hacienda en ejido. Constituye un testimonio de una generación hoy en día desaparecida.

**ABSTRACT:** This work has a dialogical testimony character. It shows the lived process of a person who was born in a big pulque hacienda, at the beginnings of the twentieth century. He started his job in the hacienda as a "valedor", then like "tlachiquero" and finally as a "tinacal boss". All this process occurs at time of the Mexican Revolution and finally shows the change from hacienda to ejido, as well as the different relations between father and son, as a product of the industrial process. Is the testimony of an ended generation.

*Yo soñé que tenía casa, soñé que tenía mis cosas.  
Fui dueño de una parcela, fui dueño de juntas.  
Ahora no tengo nada.  
Porque el señor dijo: sígueme, pero no lledes  
cobija, no lledes itacate, no lledes dinero.*

CARLOS GUTIÉRREZ

Este trabajo, desarrollado desde el punto de vista antropológico, tiene como objetivo aportar la visión humana que, aun cuando se encuentra en las fuentes consultadas por otros estudiosos del proceso histórico que nos ocupa, tendrá necesariamente un carácter frío, sin el contraste en claro-oscuro que ofrece la riqueza del sentimiento de una persona que ha vivido los hechos, así como "su perspectiva" de lo ocurrido. Por tanto, este artículo no tiene pretensiones de fría objetividad.

Para un antropólogo que trabaja desde el paradigma de la posteconomía política, el peso de la historia en su actividad es un supuesto básico, no sujeto a discusión.

\* Universidad de las Américas-Puebla

\*\* Campesino entrevistado

Sin embargo, presentar la importancia que su labor podría tener para un historiador es mucho más difícil, como lo considera Pereyra [1982:21]:

el impacto de la historia no se localiza solamente, por supuesto, en el plano discursivo de la comprensión del proceso social en curso. Antes que nada, impregna la práctica misma de los agentes, quienes actúan en uno u otro sentido según el esquema que la historia les ha conformado [...].

Es decir, en la construcción de la historia debe participar la voz tenue de quien ha actuado como agente social en el proceso, así sea el más humilde componente, porque finalmente esa historia debe orientar a quienes son como él. Como plantean Levi y Passerini [1981], la historia oral está hecha de recuerdos y olvidos que no son casuales y en lo que olvidan y recuerdan hay toda una lección para la historia de las ideas, ya que una biografía como la que aquí se presenta implica una interpretación por parte de quien relata su vida y los hechos que la conformaron como momentos de quiebre, tomando como base el sentido que a ese término le confiere [Heller, 1977].

Aceptando que la historia “se desarrolla [...] en esa frontera donde una sociedad se une a su pasado” [De Certeau, 1985:56], el presente relato es una biografía etnográfica desarrollada con plena conciencia histórica, pues tanto el investigador como el relator manifestaron su intención de preservar la memoria de una generación cuyo *tempo* concluía. Nadie más consciente del fin de una generación quien ha visto morir a cada uno de sus parientes y amigos; nadie más consciente de la transformación de los tiempos que quien ha visto perecer a una institución como la hacienda y ha visto nacer otra llamada ejido.

La primera temporada de campo que dio inicio a esta investigación fue en Nanacamilpa y posteriormente se realizaron dos estancias en Calpulalpan, en el estado de Tlaxcala. En 1989 en las poblaciones de esta zona se localizaron 11 personas mayores de 80 años, todas con opiniones acerca de la vida en las haciendas. A partir de ese momento, iniciaron las interpretaciones sobre ese periodo en las que se intentó sobreponer los diferentes testimonios respecto de los puntos de quiebre, modificando un poco el sentido que le confiere Heller [*ibid.*] a ese término, como se explicará más adelante.

De los 11 entrevistados, tres eran mujeres que aportaron dimensiones desde su posición de género, sin embargo, habían tenido largas estancias en la ciudad de México, fuera de su barrio. Lo anterior refleja, por una parte, la estrategia de protección a las mujeres en el periodo revolucionario y, por otra, que en ese periodo azaroso su ocupación como personal de servicio doméstico (dos casos) o como empleadas de pequeño comercio (un caso) era una necesidad imperiosa, además de marcar el inicio de la migración femenina para apoyar la economía familiar.

Cuatro de los ocho hombres entrevistados, aunque estaban relacionados con el proceso, lo habían vivido desde perspectivas periféricas. Uno de ellos era trans-

portista, inició su trabajo con carretas y realizó la transición al primer camión de servicio público en la región. El segundo era maestro, su padre también había sido maestro de escuela y participó activamente en la política local. Eran personas que conocían el proceso directamente pero no lo habían experimentado desde la perspectiva del peón de hacienda.

Sólo cuatro personas habían vivido la transición; uno de ellos no era natural de la región sino que se había trasladado ahí para solicitar tierra durante los repartos agrarios, porque los campesinos locales —intimidados por los sacerdotes, quienes decían que quien aceptara un ejido sería condenado de inmediato, por haber cometido un robo— no llenaban sus solicitudes. Para este informante, su condición de “extranjero” continuaba manifestándose en su relación con las demás personas de la exhacienda de Mazapa y, por tanto, era un sujeto un tanto externo al proceso, si bien su presencia confirmaba sucesos fundamentales obtenidos en los relatos.

De los otros tres informantes, dos mostraron muy buena voluntad, pero su relato era parco y muy puntual, en tanto que don Carlos Gutiérrez resultó un informante notable y un duro crítico de las interpretaciones de la investigación. Poco a poco, debido a sus ricos testimonios, se convirtió en eje de este trabajo. Los testimonios rendidos por los otros informantes fueron la base para múltiples preguntas, pero en el texto destaca la vertiente aportada por don Carlos. Así, este trabajo, fue escrito mediante un diálogo intenso entre informante e investigador.

Se ha intentado conservar su discurso, recortando las partes redundantes para dar mayor fluidez al texto y retomando algunos puntos de literatura que contiene el tema, en el apartado dedicado a la interpretación académica.

Debido a su fallecimiento, esta última versión no fue revisada por don Carlos; ningún informante de 1989 podrá ya leer este trabajo, pero la intención es hacer justicia a sus voces.

Al inicio de esta investigación se esperaba encontrar relatos con mucho énfasis en las acciones militares de la revolución, ya que en Calpulalpan hubo al menos dos enfrentamientos de cierta magnitud, sin embargo, pronto se supo que los informantes tenían más interés en otros aspectos y se decidió respetar su voluntad, dejando que marcaran libremente los puntos significativos de su vida. En este sentido, se retomó el concepto de “punto de quiebre” de Heller [*ibid.*], entendido como aquel suceso que obliga a reaprender la forma de vivir lo cotidiano para restablecer la vida en un nivel o forma distinto del que tenía antes de que ocurriera el suceso.

Como tal, no puede haber sujetos que no pasen por puntos de quiebre; los que aquí se plantean son de dos tipos: los que tienen un carácter meramente personal, como las muertes en la familia, enfermedades, grandes decisiones como los divorcios y otros hechos. Y, por otra parte, los que corresponden con su condición como

miembros de una “clase histórica” [ibid.:68] y que, consecuentemente, tienen una posición específica dentro de los grandes procesos sociales. En ese contexto se reciben los efectos de tales procesos, ya sea que éstos destruyan la vida cotidiana, obligando a decidir, actuar, ajustar, reaprender y reestablecer o bien, que permitan una continuidad no exenta de cambios pero en la cual, por la naturaleza progresiva de éstos, el sujeto rutinariamente pueda valerse de lo aprendido para saber qué esperar de los otros y cómo actuar. Así, por ejemplo, un universitario que se gradúa hace un cambio profundo en su vida, pero es un cambio proyectado, esperado, una continuación socialmente lógica, con ritos de paso establecidos que facilitan el tránsito.

## TESTIMONIAL DE DON CARLOS GUTIÉRREZ

### *Infancia*

Yo nací en 1903 en el rancho de San Rodrigo y poco después nos fuimos a la hacienda de Zotoluca; ahí mi padre fue mozo de estribo, se separó de esa hacienda y nos fuimos para la de Ixtafiyuca y después a la de Mazapa.

En Mazapa, mi padre fue “de a caballo”, fue “vaciero”<sup>1</sup> y tenía que ver con muchos ganados. Vivíamos en un rancho de la misma hacienda, cerca de los corrales. Tenía que ver con el ganado caprino y con el lanar. Había mucho animal en la hacienda, siete ganados de 600 a 700 cabezas cada uno. Mi padre se encargaba del ganado y cuando llegaban los “capoteros”<sup>2</sup> de este pueblo a comprar, él les vendía a siete pesos el borrego grande.

En esa hacienda comencé a ir al colegio; por ese tiempo empezó a oírse que venía la Revolución y mi padre decía “ánimas que venga la Revolución. ¿Qué será eso de la Revolución?”. Y es que el pobre no se daba cuenta. Mi padre tenía una yegua muy buena y dos amigos de él le pidieron prestados su rifle y su pistola. Una noche llegaron al rancho como a las 11 y tocaron a la puerta, se asomó mi padre a la ventana y le soltaron un tiro. Cuando abrió la puerta le pidieron la caballada y se las tuvo que ensillar. En la madrugada salió mi padre para Mazapa a dar cuenta del robo. Regresaron y les siguieron la pista hasta San Martín Texmelucan, donde en un mesón habían vendido los caballos. Así fue como llegó la Revolución a Mazapa.

Al poco tiempo empezaron a escucharse unos camarazos y unos bombazos muy fuertes y empezamos a ver pasar los escuadrones, todos con caballos del mismo color, unos para un lado y otros para otro. Fue entonces que nos fuimos a la hacienda de Mazapa.

<sup>1</sup> En palabras de don Carlos, era el responsable del ganado en una hacienda, tenía bajo sus órdenes a los pastores. Nickel [1988 y 1989] y Rendón [1990] no aportan datos para ubicar el nivel salarial del vaciero ni su estatus dentro de la estructura organizativa, sin embargo, llamarlo “de a caballo” parece indicativo de un estatus medio o alto.

<sup>2</sup> Capotero es un intermediario en la compra-venta de carne; se encargaba de abastecer las carnicerías.

De ahí para adelante, a puro andarse escapando; al que no le gustaba, lo mataban. Cuando incendiaron las haciendas de San Bartolo<sup>3</sup> [San Bartolomé del Monte], Zoquiapan y San Nicolás, fue un 23 de noviembre, no me acuerdo de cuál año, pero sí que fue un 23 de noviembre, que era el santo de mi papá. Cuando quemaron Zoquiapan, me pusieron de vigilante en la azotea y que voy mirando cómo se veía la polvareda de que venía mucha gente. Les avise a mi papá y a sus amigos que se habían juntado por ser el santo de mi papá y dijeron “vámonos de aquí” y se fueron galopando. Llegaron como diez soldados a pedir las armas y los caballos, mi padre les contestó: — “No tengo nada de eso, lo único que tengo es comida”. — “Haber pues echa pa’ cá la comida, pero pruébela antes”. Y se comieron todo lo de la fiesta de mi papá.

Mi papá tenía un caballo muy bueno, colorado, chaparroncito, y un día venía de San Francisco y bajando a la cañada de pronto se encontró con una tropa y le quitaron el caballo.

Otra vez, vi venir a una tropa y saqué el caballo de mi papá y corrí p’al monte, las balas nada más se oían como moscas, pero no me siguieron porque tenían sus caballos cansados. Ese caballo no tuvo buen fin, se lo codiciaron a mi padre y murió de rabia.

Poco después agarraron a mi padre para que llevara conductos de Calpulalpan a Nanacamilpa y para el otro lado [San Martín Texmelucan], yo lo acompañaba a veces en ancas, íbamos de noche. Hasta que un día un teniente le dijo: “mire chaparrito, no se meta más en esto, porque si lo agarran los revolucionarios lo hacen pedacitos a usted y a su hijo y no tiene caso”. Entonces mi padre regresó para buscar casa aquí en Calpulalpan y nos trajo a este pueblo.

Fue por entonces que llegó Zapata y después Carranza y el pueblo estaba lleno de soldados de amarillo, les decían “los piojosos”. Los carrancistas quemaron la iglesia, la echaron abajo, cerraron la puerta por dentro con un lazo y le prendieron fuego. Se cayó el techo y quedaron nada más los paredones y el camarín de San Antonio. Se llevaron a uno de los padres, el otro se escapó. Al que se llevaron lo mataron ahí por San Miguel Calpulalpan. En el lugar está una cruz.<sup>4</sup>

Fue por ese tiempo que Jesús Carranza hizo a la gente comer cebada, vino un hambre muy grande y la gente molía la penca de maguey con cebada y eso comían, yo no lo comí, pero sí vi a mucha gente hacerlo. Poco después vino la gripa y muchos se murieron.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Posiblemente, se refiere al combate sostenido por el general Porfirio Bonilla en San Bartolomé del Monte contra las fuerzas del general Alvaro Obregón en su avance hacia Celaya. Si esta suposición es verídica, se refiere al año 1915.

<sup>4</sup> Martínez [1987] señala como fecha de la quema de la iglesia de San Antonio el 8 de junio de 1915 y como responsables a dos soldados del general Francisco Coss que fueron detenidos por el pueblo y entregados al general zapatista Porfirio Bonilla en la hacienda de San Bartolomé del Monte. No hace referencia a la muerte de los sacerdotes.

<sup>5</sup> Desouchez [s/f] ubica la epidemia de influenza española entre octubre y noviembre de 1917. Esta autora estima que 2 mil de los 15 mil habitantes de Calpulalpan murieron a causa de esa epidemia.

Cuando recién llegamos al pueblo, mi padre puso un negocio con sus dos hermanos, traían recaudo de por Tulancingo, pero no tuvieron éxito y todo se vino para abajo y nos quedamos sin nada.

Aquí fue que entré al colegio particular, pero no aprendí a causa de que las maestras preferían a los niños ricos. Había un niño de chaquetita que me molestaba mucho y yo, pues, andaba descalzo y un día le di un manazo en la nariz y la maestra se enojó mucho, que cómo me había atrevido. Me castigó poniéndome a soplar el anafre en que guisaban. Cuando yo vi eso, le dije a mi padre que no quería ir a la escuela. Así que mi padre y yo nos fuimos de tlachiqueros<sup>6</sup> al rancho de La Ventilla.

Más antes, cuando uno llegaba a solicitar trabajo en una hacienda, sin ser un conocido que ya tuviera un trato, el zaguanero<sup>7</sup> le marcaba el alto y lo llevaba al despacho, ahí decían si querían gente o no, si tenían interés le pedían a uno la carta del administrador de la otra hacienda y el vale, en donde estaba asentado lo que uno debía en la otra hacienda y ya después ellos se lo pagaban al administrador de esa hacienda y le asentaban a uno su deuda. Si uno no tenía carta, entonces lo encerraban en la tlapiquera<sup>8</sup> y daban aviso a las haciendas de por ahí, para ver quién lo reclamaba y si uno tenía deuda. Pero para ese tiempo, ya se había dado un decreto de un general o gobernador, no me acuerdo, condonando las deudas, así que sólo le pidieron a mi padre la carta de la última hacienda en donde había trabajado.<sup>9</sup>

Yo había estado acostumbrado a mi buena ropa y a mis zapatos y ahora andaba descalzo y de ropa nada más me raboneaban<sup>10</sup> los pantalones que ya no le servían a mi papá.

De La Ventilla venían las plataformas con los pulques para acá, para Calpulalpan. El mayordomo nos daba cuatro cubos de pulque, como tlachilole,<sup>11</sup> para que nos ayudáramos. De ahí, pasábamos a venderlo a 50 centavos cada cubo, en total dos pesos, que ya ayudaban.

En esa época sufrí mucho, cuando llovía nos levantaban a cualquier hora para que fuéramos a derramar el aguamiel llovido<sup>12</sup> y para que ya lleváramos aguamiel limpio. Pero como mi madre vivía en Calpulalpan y nosotros allá, pues nos quedá-

<sup>6</sup> Persona encargada de la extracción del aguamiel.

<sup>7</sup> En las haciendas, encargado del control de la puerta.

<sup>8</sup> Calabozo. Para Nickel la tlapixquera ya no jugó un papel importante al final de las haciendas.

<sup>9</sup> Posiblemente, se refiere al decreto del 3 de septiembre de 1914, de Pablo González, general en jefe del ejército del noroeste en Puebla, en el que declaraba nulas y sin valor todas las deudas de los peones en haciendas y ranchos. Don Carlos tendría más de 11 años en ese momento.

<sup>10</sup> Cortar el pantalón para ajustarlo a la talla del niño.

<sup>11</sup> Pago en especie que consistía en una cantidad de pulque.

<sup>12</sup> El agua de lluvia se filtra en el hueco en el mesontete o centro del maguey —donde se deposita el aguamiel—, haciendo indispensable que después de la lluvia se tire para permitir que se acumule más líquido limpio.

bamos con la ropa mojada con el frío de la madrugada. Hasta ahí fui valedor<sup>13</sup> de mi papá, poco después empecé a ganar por mi cuenta.

### *Juventud*

En una ocasión, cuando trabajaba en Malpaís, me dijo el mayordomo: “ten cuidado que no se moje el aguamiel” y salí a raspar, luego empezó a gotear y como raspaba yo lejos, cerca del jaguey<sup>14</sup> [aproximadamente 10 km], pues me agarró la tempestad y ya de regreso pasó una creciente grande y ya no pude pasar la barranca, así que me fui hasta el puente del escorpión a dar la vuelta. Así que llegué a la hacienda a las ocho de la noche, el mayor ya había cerrado. Lo fui a buscar a su casa y me dijo —“¿Ya llegaste?” —“Sí señor, ¿qué hago con mi aguamiel?”, “Pues tíralo”. Sufría uno mucho con esas cosas pero... qué se le hacía, así era todo.

Después de ser tlachiquero fui mozo de estribo, en ese tiempo estaba Manuel Cuéllar como administrador general de haciendas<sup>15</sup> y pues se venía para San Bartolo y ahí decía: “ensíllame el caballo Fulano y para ti el Relámpago” y salíamos a las tres de la mañana para San Miguel Ometusco o Zempoala. Íbamos bien armados.

Yo fui muy enamorado, tuve muchas novias, pero novias, no amantes. Cuando era yo niño en Mazapa había una niña a quien le gustaba que jugáramos a que éramos esposos y nos buscábamos. Mucho tiempo después la volví a encontrar, ya era yo tlachiquero y un día nos cruzamos en la calle, venía muy arreglada, me vio y me llamó: —“Y tú ¿dónde has estado?” —“Pues aquí, trabajando y ¿tú?”. —“Yo en México”. Es que se iban a trabajar de sirvientas y ya regresaban muy arregladas. Total que me dijo “a ver qué día nos vemos para jugar como antes”. Sólo que ya éramos grandes y si no puedes hacerla feliz, cuando menos no la hagas infeliz, así que mejor no la busqué nunca. Se llamaba Petrita.

Yo me he fijado que las mujeres te dicen que te quieren mucho, pero no es cierto. Tuve una novia que era de por aquí, pero después se fue hasta Irolo y hasta allá iba yo a verla, decía “me gustas mucho y te quiero”. Y un día que llego y ya se había casado.

Poco después me fui a trabajar a la hacienda de Malpaís, ahí había una señora que me pidió que le vendiera el pulque de mi tlachilole y todos los días al salir del tinacal iba yo a la casa del pastor, que estaba fuera de la hacienda, junto a la casa del he-

<sup>13</sup> Persona que auxilia a un tlachiquero para poder cubrir su “tanda” o cuota de magueyes, es generalmente un pariente pagado por el propio tlachiquero. En este caso, el hijo apoyaba al padre sin recibir remuneración.

<sup>14</sup> Bordo usado para acumular agua de lluvia.

<sup>15</sup> Se refiere al administrador de las haciendas confiscadas por el gobernador Máximo Rojas en 1914, después de la caída de Huerta y de la derrota de la Liga de Agricultores. Ignacio Torres Adalid fue senador bajo el régimen de Huerta y era el propietario de San Bartolomé del Monte. Obviamente, esta evocación debe haber ocurrido mucho tiempo después.

rrero, pero recargada en la barda de la hacienda. Ahí un día vi a una muchacha muy bonita y le quise hablar, pero me dijo que no, que su tía era muy delicada. Yo insistí en los siguientes días, pero la tía se dio cuenta y la mandó para México.

Poco después le llegó una segunda sobrina y yo la vi bonita, así que le dije a la señora: “cómo ve, la voy a hacer mi tía”. Poco después le hablé a la muchacha y quedamos de acuerdo en que se haría la enferma para no ir con su tía a llevarle la comida al pastor; así que su tía la dejó encerrada, llegué yo a hablarle y ella me abrió. Así estuvimos varios días, hasta que ya era como mi mujer. Pero un día me dijo que había venido su hermano y tenía que ir a San Bartolo, que regresaba al otro día. Pero no regresó y a la semana me dio mucho coraje y me fui para otra hacienda. Por allá vi otra muchacha que me gustaba, estaba chica, como de 13 o 14 años. Todos los días pasaba yo cuando iba a raspar y su mamá la mandaba a atajar los perros. Yo le hacía señas, pero no me respondía; como al tercer día me contestó. Así que yo pensé: “voy a ver qué pasó con la otra mujer, a ver si no me estaba esperando acá” y fui de regreso, pero la que fue mi novia ya estaba casada.

Entonces, empecé a buscar la forma de hablar con la muchacha y ella comenzó a responderme, pero al poco [tiempo] su mamá se dio cuenta y la mandó a la casa grande a dar servicio, diciendo que no quería para su hija un tlachiquero muerto de hambre y ahí fue lo malo porque después le puso el ojo el hijo del trojero.<sup>16</sup> Ella me lo contó llorando; el día de la fiesta de la cosecha, ella se había quedado en la casa grande ayudando en la cocina y la mandaron a llevarle [al trojero] un caldo de pollo, quesque porque estaba enfermo, y eso lo aprovechó él para abusar de ella. Pero la mamá estaba muy contenta porque ella se fue a vivir con él, creyendo que la boda era cosa de tiempo y que su hija iba a estar muy bien y que el trojero las iba a ayudar o yo no sé qué pensaba la señora. Después de darse gusto con ella la llevó a México y por allá la dejó con una criaturita, y como por aquí todos sabían lo que le había pasado, ella no quiso regresar. Se quedó en México de sirvienta a pasar trabajos. Después, ya no supe más de ella. A ver qué hubiera sido mejor, si un tlachiquero o una abandonada. No, si los de poder hacían muchos desmanes con las mujeres. Tiempo después fui con mi padre para Agua Clara a casa de un compadre; ahí, mi padre fue a una fiesta y yo vi a una muchacha muy linda y pensé “a ésta me la enamoro, pues como no”. Y aproveché un momento que pasó cerca de mí, pero ella me dijo: “ahora no puedo, al rato, en el corral nos vemos para platicar”. Y así fue, al rato salió ella y estábamos muy quitados de la pena platicando, cuando llegó mi papá, que también le había gustado la muchacha y también la andaba enamorando. Y yo, pues no me había dado cuenta y que me ve mi padre y me gritó muy enojado: “mira nomás cabrón, para eso sí estás bueno, bueno deberías estar para trabajar”.

<sup>16</sup> Es el encargado del control de las semillas y granos. En algunas haciendas su control parece haber sido más amplio.

Nomás eso dijo y se dio la vuelta y se metió otra vez a la casa. A mí me dio miedo, pero quedé con la muchacha que la vería al otro día. Pero ya no pude, porque al otro día mi papá nos llevó para la casa de mis hermanos y a mí a medio camino me echó el caballo encima y me agarró a reatazos. Yo nomás le decía: “¿por qué, papá?, ¿por qué?”. Mis hermanos se espantaron mucho, mi padre me gritaba “lárgate, no te quiero volver a ver” y pues ya ni modo.

Cuando caminamos otra vez, yo le dije a mis hermanos que había perdido mi cobija y que la iba a buscar, pero no, la había soltado del burro para poder regresarme, nomás la recogí y me eché a andar para otro lado. Me fui para una ranchería donde trabajaba un hermano mío, llegué a buscarlo donde le daban asistencia y cuando lo encontré le conté lo que había pasado, así que me dijo: “pues hermano, aquí no hay de tlachiquero, nomás de peón del tajo,<sup>17</sup> ¿quieres?”. Y fuimos a ver a su mayor y ahí me quedé a trabajar por el resto de la semana.

Después, mi padre me andaba buscando, dio aviso a sus compadres de Agua Clara y a mis tíos de otros lugares, que si me veían, que le avisaran, y así fue, no tardaron en decirle que me habían visto con mi hermano, así que un día se presentaron mi papá, su compadre y mi tío a caballo, fueron con el mayor y les dijo dónde estaba yo, fueron por mí y me dijo: “ya nos vamos hijo”. Yo tenía miedo y le dije “sí, pero voy por mi cobija”. Y él mandó a mi hermano a traerla. Y me llevaron caminando en medio de los tres, como reo, llegamos a Agua Clara, donde vivía el compadre, y éste le dijo: “compadre, no se vaya usted a esta hora, ya ve que sale la llorona, mejor váyase muy temprano”. Lo bueno es que, cuando llegamos, la muchacha ya se había ido a dormir y ya no me vio cómo iba yo de trasudo, si no qué vergüenza. Y ahí nos quedamos en el despachito del rancho y al otro día, para Calpulalpan. Cuando llegamos, yo tenía miedo de que mi papá me pegara otra vez, pero no, entramos y mi mamá estaba llorando y mi padre nomás le dijo: “ahí está tu hijo, deja de llorar”. Y mi mamá me fue a preguntar por qué me había ido y yo le dije que mi papá se había enojado conmigo y me había corrido, pero no le dije por qué, para que no fueran a tener un disgusto.

Después de que mi padre me regresó a la casa, me dijo: “hijo, ya no hay trabajo de tlachiquero, así que vamos a pedir un pedazo de tierra para sembrar al tercio” y fuimos a ver al administrador para pedirle un pedazo. La cantidad de tierra que podíamos sembrar entre mi papá y cuatro hermanos [eran] unos dos cortes; primero desmontábamos, después, mi papá me mandaba a ver al trojero para que me diera de 20 a 25 cuartillos de semilla, se sembraba con pala y se abonaba con abono de res o de borrego de los animales que tenía mi papá en la casa. Cuando se recogía el maíz, se limpiaba y después se hacían tres montones y ya se avisaba a la hacienda y un capataz recogía uno de los montones.

<sup>17</sup> Esta denominación puede coincidir con los “semaneros”.

Por esos días, llegaron a vivir cerca unas rancheritas que estaban en Mazapa, viviendo en terrenos de la hacienda, pero como su papá era muy trabajador empezaron a tener muchos animales y un día pasó el administrador y vio todos los animales que tenían y les dijo: “váyanse de aquí, mire nomás cuántos animales tienen ya, al rato van a tener más que la hacienda, así que no, váyanse de aquí”. Y los corrieron, así que su papá compró una casa, acá arriba [a una calle de distancia].

Un día que regresábamos tarde del terreno, las vi, la mayor estaba simpática y pensé: “puede que me enamore yo”. Cuando terminó la siembra, la veía yo pasar con las niñas, sus hermanitas y primitas, todas de blanco a ofrecer flores, era el mes de mayo. Muy seria pasaba, sus parientes eran muy delicados, salían a ver si yo le decía algo, pero me metía, me hacía el disimulado y hasta me volví católico, iba yo a rezar el rosario. No la perdía de vista, era rancherita muy penosa, dónde que ella era la mayor de sus hermanas y yo el mayor de mis hermanos. Y ahí anduve y anduve hasta que la pude convencer. Cuando ella me pudo corresponder un poquito, yo le dije a mi papá: “voy a San Bartolo a pedir una tanda”. Y ahí me fui.

Me pusieron a trabajar en el rancho de San Vicente. Las plataformas llevaban el pulque [del rancho] a la hacienda de San Bartolo y de la hacienda a la estación. Las plataformas subían tiradas por las acémilas y bajaban cargadas por pura gravedad, nomás las frenaban con un palo.

Ya trabajando, vi a dos muchachas simpaticonas, hijas del administrador, y yo pensé: “pues no le hace, a una me la voy a enamorar”. Y poco a poco me les fui acercando, hasta que una de ellas me empezó a hablar y yo creo que le gusté para novio, quién sabe, a los pocos días nos poníamos a platicar en el pasillo, atrás de su casa, y le dije:

—Catita, ¿podríamos salir un rato a platicar fuera del rancho?

—No Carlitos, no soy una chiquita que no entiende las cosas, ni tampoco me trate usted de esa manera, vamos a tratar de amor pero decentemente.

—Está bien, Catita.

Un día, me fui para mi trabajo y en la tarde que llego y ya no estaba, se la había llevado su papá para Irolo [en el estado de Hidalgo]. Y yo pensé: “para irme hasta allá, si no tengo manera de decirle a qué hora llego. ¿Cómo la voy a encontrar?”.

Poco después me separé de la hacienda y regresé a la casa de mis padres y ¡a seguirle el bulto a la muchacha! y cometí un error. ¡Para qué! Fue un espanto, sus parientes me buscaban para meterme un balazo y la familia la agarró en contra de ella, la corrieron de su casa, no querían ni verla. En mi casa, mi mamá dijo: “que esa mujer entre en mi casa, ¡jamás!, no quiero ni verla, ni te cases con ella, ¡no lo consiento!”.

Regresé a trabajar a San Bartolo y conseguí una tanda cerca de la hacienda y un día, al pasar cerca del despacho, vi un carro y pensé: “tienen visitas”, pero no volteé

a ver, cuando la más chica me habló, me dijo: “caray Carlitos, ya ni saluda usted”. Entonces ya me acerqué a verlas y que me va diciendo Catita: “ahora sí Carlitos, vengo a lo que tenemos pendiente”, y yo le dije: “mire Catita, de aquí para adelante mejor cada uno en su camino”, como vi que los ojos se le pusieron con lágrimas, le dije: “no llore, mañana o pasado va a ser mujer de un hombre de bien, no de un tlachiquero”. Y ella me contestó: “yo no me fijo que seas un tlachiquero, yo el cariño que te tengo es mucho”. Me puse a pensar: “¿qué hago con una señorita de ésas?” y más que en esos tiempos la mujer agarraba el metate de corrido, yo soy pobre y para dar ese lugar a una señorita, pues no.

### *Edad adulta*

Un día me fui para la estación y me encontré a un señor, Luis Gallardo, que estaba de mayordomo en una hacienda por Huamantla, y me invitó a irme para allá a la hacienda de Terán como capitán de tlachiqueros, le pedí unos días para pensarlo y me fui a contarle a mi papá y él me dijo: “pues si piensas que te conviene, ándale”.

A los ocho días, me dio el señor Gallardo la dirección y cómo había de hacerle para ir para allá: tomar el tren en la estación, bajarme en San Lorenzo y tomar el que va para Veracruz hasta el escape de la hacienda de Terán. Nomás previne mi acocote,<sup>18</sup> mi rapador,<sup>19</sup> tres mudas de ropa y salí para allá y en la hacienda ya nos daban burros, castañas,<sup>20</sup> avíos y todo lo necesario.

De paso en la estación, pasé a verla, vivía en casa de unos parientes, arrimada, para decirle: “como vea yo, que me conviene, te mando a traer y te vas” y ella dijo: “sí me voy”. Como a los 20 días, le mandé escribir y en la carta le decía cómo irse y le decía que se fuera con uno de mis hermanos. La fui a esperar al escape, el conductor les había dicho: “si hay personas esperando los bajo, si no, hasta la otra estación”. Pero yo les había dicho a unos tlachiqueros que me acompañaran y entonces el conductor asomó la cabeza, nos vio y les hizo la parada.

Me dieron en la hacienda un cuartito y una cocinita de mala muerte y ahí nos acomodamos. Yo vi la gloria, ya tenía yo mi ropa limpia y mi comida a sus horas. Antes de que mi mujer se fuera a vivir conmigo sufrí mucho, porque yo les decía “mujeres, lávenme mi ropa y les pago” y me decían: “por aquí no sabemos lavar ropa”. En aquel rumbo, puros huarachuditos que hablan en otro idioma. Ni yo les entendía ni ellos a mí. Como capitán, ya me tocaba un tlachilole más grande y cuartillo y medio<sup>21</sup> de maíz a la semana, con eso uno ya se ayudaba.

<sup>18</sup> Pipeta formada por la corteza de un fruto tropical y usada en la extracción del aguamiel.

<sup>19</sup> Cucharilla de bordes afilados usada para raspar el mezonete del maguay y eliminar la cicatrización natural de la planta que impide que el aguamiel fluya.

<sup>20</sup> Barrilito con forma aplanada, adecuado para ser llevado a pares en los costados de un burro.

<sup>21</sup> Esta dotación de maíz es algo mayor de la indicada por Nickel [1987:171] y si consideramos que en ese momento la familia estaba constituida por dos personas, entonces la dotación es alta. Para éste autor, un cuartillo es el equivalente a 20 o 25 litros.

Mi mujer, desde el día que llegó, luego luego agarró mi ropa y preguntó: —“¿Dónde puedo lavarla?”. —“Pues aquí”. Y así ya tenía yo todo, ropa limpia y alimentos a su hora, pues encantado de la vida. Cuando el trabajo se iniciaba, el capitán de campo daba la primera llamada a las dos de la mañana, la última a las cinco y todos los peones se formaban en el patio de la hacienda, con todas las carretas listas y la herramienta preparada. Se salía rumbo al sembrado a eso de las seis, cantando “el alabado”. A las 10 u 11 el tlacualero<sup>22</sup> aparecía en el patio de la hacienda con sus burros, con su fuste y gritaba: “a la tlachcale”, las mujeres salían corriendo a entregarle los itacates<sup>23</sup> para sus hombres. Dos gritos y al tercero el tlacualero salía para el campo y las mujeres que no le habían dado el itacate salían corriendo a alcanzarlo. Al llegar el tlacualero al lugar en que estaban trabajando los hombres, gritaba otra vez y cada uno reconocía su ayate<sup>24</sup> y lo recogía para almorzar en una media hora.

Durante la pizca, las mujeres se llevaban su ayate e iban detrás de los pizcadores, porque éstos no levantaban la mazorca chiquita, ésa se quedaba para las mujeres. Los pizcadores iban con chiquihuites<sup>25</sup> y mecapales. Después se juntaba el tlazol<sup>26</sup> y con unas máquinas se trillaba; las muchachas llevaban unas burrillas<sup>27</sup> que llenaban de tlazol y las subían al almeal<sup>28</sup> y otras tejían el bastitich;<sup>29</sup> para que no se echara a perder la pastura.

Poco después, me cambiaron la casa por otra cerca de la iglesia, ya regular. Y pensé, pues yo me caso, ya con uno de familia, pues qué espero. Y me fui a ver al padrecito, y que se pone muy enojado: “pues yo no los puedo casar, con suerte dejaste a tu mujer allá o ella a su hombre, no, necesito testigos que los conozcan. Dos de cada uno”. Yo ganaba siete u ocho pesos por semana, ¿dónde agarraba yo tanto gasto, para pagarles su día y transporte para tantos? Y le mandé a decir a su padre, su padre lo dio por hecho, pues una vez que ya la tiene, pues...

Y su padre fue a ver al cura de Calpulalpan y éste le dio una carta, mandándole decir al padre de Huamantla que nos casara, que él nos conocía y que no había ningún problema. Y su padre vino con la carta y habló con el cura, le dijo: “yo soy el padre de la muchacha y aquí traigo una carta del cura de Calpulalpan”, entonces, el padre Antonio ya cambió y dijo: “bueno, está bien, a casarse el 12 de diciembre”.

Ese día nos fuimos de la hacienda al pueblito de Terrenate. Al confesarme, llegó el padre hasta las ocho de la noche y como se iba a hacer una vigilia, ya había mucha

<sup>22</sup> Encargado de llevar la comida a los peones.

<sup>23</sup> Bulto o atado con los alimentos.

<sup>24</sup> Especie de red tejida de la fibra del maguey.

<sup>25</sup> Canasto de gran tamaño.

<sup>26</sup> Caña del maíz seca; despojada de la mazorca sirve como forraje.

<sup>27</sup> Aditamento de cuerdas, usado para la carga.

<sup>28</sup> Amontonamiento de cañas de maíz para permitir su conservación hasta que lo consuma el ganado.

<sup>29</sup> Parte larga de la caña del maíz, se teje para impedir que el agua de lluvia pudra la pastura.

gente formada y yo pensé: “¿cuándo voy a pasar?”. Pasábamos de dos en dos, uno a rezar y el otro a confesarse. Cuando por fin me tocó, me preguntó el padre:

—¿Quiénes van a ser tus padrinos?.

—Pues es Fulano.

—No pues, no se puede, ése es el mero mero de los protestantes, y para una boda en misa solemne, pues no cabe.

Como tu esposa viene débil y la misa va a ser hasta la una de la tarde, no aguanta, así que mejor otro día y búscate otro padrino.

Yo fui a avisarle a mi mujer y nos fuimos a buscar dónde quedarnos, nos dieron permiso en una casita y al otro día temprano, ahí vamos para la hacienda. Platicando con mi mujer pensamos en invitar de padrinos a Ignacio Fuentes o Franco Sánchez, que eran mandones y el padre los conocía muy bien porque cada 15 días venía a decir una misa por parte del dueño de la hacienda, que era muy católico.

El día 15, llegó el padre en su caballo a hacer la misa y luego luego me buscó con los ojos entre el grupo que lo esperaba. Fue muy bonito, hubo cuetes, música, danzas. Mi cuñada hizo el desayuno, estaba allá con nosotros por la ilusión del niño que venía.

Estuvimos ahí viviendo en la hacienda y montamos un negocito, un panadero me daba el 20 por ciento de ganancia y yo compré unas ollas muy grandotas con su tapa y ahí guardaba el pan con muchas hojitas de esas que le ponen los panaderos; entonces mi pan siempre estaba suavcito. El panadero venía cada tercer día a hacerme la entrega, siete pesos de pan, que era una cantidad. Por ese tiempo, el profesor del colegio también quería hacer negocio y puso una mesa con pan, pero el pan se secó y ya después ni quién quisiera comprarlo y entonces me fue a ver, a amenazarme que me iba a denunciar, que el negocio no estaba manifestado y que llamaría a un inspector. Entonces, yo me fui a ver al herrero, que era el juez, a contarle cómo estaban las cosas. Y él me dijo: “¿y ése quién es para andar denunciando? Si viene alguna persona para hacer una diligencia tienen que avisarme a mí. Así que no tenga usted miedo”.

Al otro día, pasó el administrador y desde su caballo, me dijo: “dame unos Delicados<sup>30</sup> y unos cerillos. Sé que te andan queriendo espantar, no tengas miedo que aquí nos hacen los mandados”. Y ya con ese respaldo, pues, yo seguí con mi negocio. Me iba a Huamantla, en la tienda vendían pulque, pero como los dueños eran gachupines, no sabían nada de limpieza y en la misma tina donde tenían el pulque viejo ponían el nuevo, y claro, se pasaba, por eso a la gente no le gustaba tomarlo así. Entonces, me esperaban a que yo llegara y me compraban el pulque de mi tlachilole, unos llevaban huevos, otros frijol y algunos dinero. De Huamantla traía yo parafinas, cerillos, cigarros Delicados y otras cositas así.

<sup>30</sup> Marca de cigarrillos.

Por ese entonces, se separó el mayordomo porque agarró la costumbre de que, como vio que yo me enderecé con el tinacal, pues él se iba todos los viernes a Apizaco donde tenía a su familia y regresaba hasta el lunes. Esto no le gustó al administrador y que ponen a otro. Fue y me dijo: “ya me corrieron, así que entrega la tanda y te vas conmigo a Apizaco para que me ayudes en la carnicería que tengo allá”. Pero yo pensé: “de carnicería no sé nada, me van a poner a lavar las vísceras y no, yo mejor aquí me quedo”.

Y llegó el otro mayor, igual, el hombre nada más rayaba los sábados y salía para Apizaco. Y otra vez lo mismo, que lo corren. Por esos días llegó el mayor general a la hacienda y trajo a otro mayor, que era su compadre de dicho, y ese nuevo mayor llegó y me dijo:

—¿Usted es el capitán?

—Sí señor.

—A ver, ¿dónde está la semilla?<sup>31</sup> Y explíqueme cómo está corriendo<sup>32</sup> el pulque.

Ya le explique y él me dijo: “bueno, entrega tu tanda porque ya no trabajas aquí”. Eso fue un sábado.

El domingo muy temprano me levanté para ir a Huamantla y esperé que pasara la volanta,<sup>33</sup> que llevaba todos los días la leche para su venta al despacho que la hacienda tenía allá. Por orden del administrador, nadie podía subir al coche y al cochero lo tenían advertido de que si subía a alguien lo corrían. Pero yo le dije:

—Don Lole, ¿qué no me da usted un aventón?

—Cómo no Carlitos, súbase usted, a ver si no nos ve el viejo y se enoja.

A medio camino, que nos alcanza un coche y que lo veo, pero ya ni para bajarme. Que se para poco adelante y el administrador le dijo:

—Lole, párate ahí, y tú, Gutiérrez, ¿para dónde vas?

—Pues señor, voy a Huamantla a hacerme el pelo y a traer mi mandado.

—Está bien, pero no te vayas a ir para ningún otro lado, acabando te regresas, te espero en el despacho.

De regreso y ya en el despacho, me dijo:

—A ver, ¿cómo está eso de que te corrió el mayor?

<sup>31</sup> Pulque de buena calidad que se trasvasa a tinas con aguamiel para acelerar la fermentación.

<sup>32</sup> Corrida del pulque: en un tinacal hay tinas con pulque en diferentes etapas de fermentación, así que se inicia con un pulque nuevo y concluye con una “punta” o líquido ya fermentado en una tina llamada “despacho”.

<sup>33</sup> Plataforma de dos ruedas tirada por un burro o caballo.

—Pues señor, en cuanto recibió el tinacal me dijo que ya no trabajo aquí, así que ya entregué la tanda y le quería yo pedir a usted que me hiciera la merced de dejarme la casa unos 15 días mientras encuentro otro trabajo y quería yo pedirle también que me diera mi carta y mi vale.

—No, pues no puede andar corriendo a la gente nada más así, para eso tiene que avisar primero al despacho, si no se manda solo. Con tu tanda quiero que lleves la limpieza de la semilla.

—Señor, como usted diga, pero se va a disgustar el mayor.

Al otro día temprano me presenté con el burrero, a pedir mi burro y me vio el mayor y me dijo: “¿tú qué haces aquí?, vete, ya no tienes trabajo”. Y me fui para el despacho:

—Dice que no, que ya no tengo trabajo.

—Vete a alcanzar al que le dio tu tanda y le dices que se regrese, ése es mozo de la casa y no tlachiquero.

Acabando de raspar, que veo venir al mayordomo general de haciendas, el señor David Dorantes, bien montado, con pistola y machete, su sombrero de lana, venía derecho a donde yo estaba. ¡Qué sentía yo!, pensaba que quería pegarme:

—Oye, ven acá, ¿tú eres el capitán? Mandé a mi compadre a que recibiera el tinacal, pero hizo un desorden ahí y al trojero, al escribiente y al administrador no les gustan esos papelitos. Así que te vas a quedar de mayordomo.

—No señor, pues no me comprometo.

—No tengas miedo, si ya has llevado la carga, el mayordomo nomás se cruza de brazos y tú le das de comer a la semilla, así que no tengas miedo, yo te voy a ayudar. Mañana me mandas a un tlachiquero de tu confianza con aguamiel, te lo voy a cambiar, te voy a mandar pulque nuevo para que empieces a trabajar.

Acabé de raspar, descargué mis castañas, fui por un cuerito para mi tlachilole y no le dije nada a mi mujer, pero ella se dio cuenta y me preguntó: “¿qué?, ya te convencieron de nuevo”. Yo le dije que sí. Pero no le conté nada, no le dije que tenía esa oportunidad.

Llegué al zaguán de la hacienda, ahí estaba parado el mayor, yo lo saludé y me pasó. El trojero, luego que me vio, me fue a abrir el tinacal, entré y empezaron los tlachiqueros a ayudarme a meter las castañas para medir la cantidad que cada uno llevaba. Del despacho salió el mayor rascándose la cabeza y se fue para el tinacal; le dijo a un ayudante: “a ver Julián, me haces el favor de mandarme mi gasto de la tina aquella”, se dio la media vuelta y se fue.

Entonces, ya empecé a mandar: “a ver tú, lávate las manos y te vas a medir el aguamiel con el decalitro. A moverse señores, esa tina que está llena de pulque hay

que tirarlo, ese pulque ya no sirve. La tina después me la ponen a asolear". En eso llegó el administrador y me dijo: "tienes que pedir un caballo ensillado y enfrenado, ve a ver cuál te conviene y me vas a ver para que demos una vuelta por la maguayera".

Estábamos dando la vuelta y él me fue diciendo: "hasta aquí llega el lindero, esta parte se nombra de esta manera y esta otra de tal otra manera" y así. Después, ordenó: "ahora vamos para San Pablito" [rancho dependiente de la hacienda] y llegando allá salió el encargado del despacho y puso a un mozo a que nos pasara los caballos, el administrador me presentó como el nuevo encargado del tinacal, ahí estuvimos platicando un rato y ya después nos regresamos a la hacienda.

Tenía yo suerte y se me puso un pulcazo. Para tener un buen pulque es necesario estar bien con los tlachiqueros de confianza, para que lo seleccionen y cuiden la semilla. De Huamantla venían los arrieros a comprar pulque y cuando el conductor lo probó dijo que de ése quería; entonces se usaba que los arrieros le traían su regalo al mayor para que les diera buen pulque, así que siempre llegaban con un kilo de carne, un kilo de chorizo, en fin, no faltaba. Y el dueño de la pulquería me dijo un día: "te vendo mi caballo". Era un retinto muy bonito, ensillado y enfrenado. Me dijo: "aquí te lo dejo para que no andes pidiendo prestado". También había conductores de pulques, los conductores ganaron mucho dinero. También los maquinistas del tren ganaban, había unos maquinistas que tenían sus entregas y se llevaban un cuero de dos cubos y medio en la máquina o en el cabuz. Esos cueros no pasaban aduana y todo era ganancia para el maquinista.

Al principio, cuando llegué a la hacienda, tenía un poco de miedo, porque había unos hermanos Tapia, que eran muy matones y me dijeron que ya habían matado a dos capitanes, pero conmigo siempre fueron muy buenas gentes. Cuando recibí el tinacal iba el trojero, que era un muchacho joven como de 22 o 23 años a vigilar el tinacal, nomás en la puerta se ponía, para echar ojo. Y un día, me dijo:

—¿A qué sabe el pulque?

—Pues yo creo que está bueno.

—A ver, regáleme una jicarita para probarlo.

—A ver tú, párate en la puerta y si viene el administrador nos avisas.

Y le di una jícara que le gustó mucho. Después, cada vez que el joven estaba de guardia, le daba yo su pulquito y él me dejaba que le diera yo a los tlachiqueros una jícara de pulque, cosa que no se acostumbraba, pues para eso les daban su tlachilole, para que se lo tomaran afuera, después del trabajo. Pero de ese modo todos estaban muy contentos conmigo.

El día que se terminaba el trabajo de la cosecha, se hacía una comida en la hacienda, se mataban carneros y se hacía una barbacoa; a cada hombre le daban un pedazo de carne para que comiera junto con su familia y, además, 12 litros de pulque. Ya iban preparados con sus tortillas y acabando de comer pulque cada quien para su

casa. También había toros, danza de negritos de la gente de la misma hacienda, cada danzante llevaba su gorro, sus azotes y unas muñecas que nombraban María Jacinta.

Los hacendados en ciertas fechas daban propinas, repartían géneros a las mujeres para que hicieran ropa. Preguntaban “cuántos hijos tienes” y así les daban, también su rebozo. A los hombres su pantalón, su cobija, su chaqueta de mezclilla. Con esto los iban engañando porque todo se los anotaban en la cuenta de la tienda. A cada trabajador se le daba una ración de maíz y frijol.

Estaba yo feliz, hasta que un señor Manuel González fue a chillar con el dueño y como el dueño no quería al mayordomo general de haciendas, le dio una carta para el administrador en la que lo nombraba mayor. Cuando llegó con la carta, el administrador hasta pateaba del coraje. Pero qué se va a hacer, era el dueño y ni modo. El joven trojero no quería que yo me fuera, pero conseguí un camión y [nos fuimos] para casa de mi suegro en Calpulalpan. Así fue como me traje a mi familia y en el camino pensaba: “ahora sí ya estoy en mi pueblo, vengo casado, con mi mujer y a ver a quién no le gusta”.

Al llegar, mi suegro me dijo: “aquí se van a quedar a vivir con nosotros, no hay necesidad de que paguen renta”. Y ahí nos quedamos.

Cuando regresé de Terán, ya un grupo de gente había hecho trámites para el reparto agrario: un señor Medellín, Lorenzo Illescas, Candelario Castillo, José Espinoza, José Reyes, Manuel Rocha y otros. Zapata fue el que se preocupó por que tuviéramos las tierras, pero no para beneficiar al campesino sino para apoyar al gobierno. Esos señores se organizaron en unas juntas que se hacían en un estanco y organizaron el segundo reparto agrario que hubo en Calpulalpan; el primero, de una parte del rancho de Cuesillos, lo hizo el general Arenas, pero no fue efectivo. Vino un ingeniero nombrado Arturo Sánchez, pero no acabó su trabajo y todo se detuvo otra vez. Otra vez fueron esos señores al Departamento de Asuntos Indígenas y ya mandaron otra vez al ingeniero. Luego que se corrió la voz de que ya nos iban a dar el ejido, los hacendados dejaron de sembrar y se vinieron tiempos muy difíciles, no había trabajo, ni nada que comer.

De ahí se comenzaron a hacer unas listas de los que tenían derecho a tierras, muchos pobres no quisieron anotarse en la lista porque los padres en la iglesia decían que el que se anotaba se iba derecho al infierno, por robarle su tierra a los hacendados, como si ellos no nos hubieran robado todo lo que podían. Entonces, para completar, los de la comisión trajeron otras gentes de otros lados. Pobres los que no se anotaron, se quedaron sin nada, sin tierra y sin trabajo en la hacienda.

La tierra nos la dieron en forma provisional en 1935, ese mismo año nació mi hijo Carlitos, pero se quedaron con las magueyeras dizque para beneficio de la comunidad, pero las gozaron ellos. Por ese tiempo, pasaba por la casa del campesino y veía uno los cajones de madera con muchos pesos. A mí me habían prometido una parcela al centro del ejido, de buena tierra, pero a la hora del reparto me dieron una de

a tiro en la orilla, ya cerca del puente. Después, cuando empezó a haber protestas, compraron mulas con el producto de la venta del pulque, que para repartirlas entre los ejidatarios, pero nomás les tocaron a sus barberos, el reparto no fue parejo.

Al llegar, primero estuve un tiempo con una tanda que me dio el comisariado de la comunidad por dos años, después, cuando ya nos repartieron la magueyera, me invitó el que era el mayordomo del “tinacal de la lagartija”, que así se llamaba el rancho del señor López, abuelo del actual presidente don Pedro López; él se quería retirar a un tinacalito que tenía en su propia casa, así que ahí estuve poco tiempo porque un día llegó el señor López y me dijo que ya había vendido el tinacal y que por favor lo entregara. Después pasé a trabajar al rancho de Santa Gertrudis, ahí me dijeron: “aquí no hay tinacal, así que queremos que te encargues de abrirlo, hay un local pero cerrado”. Entonces, fui para allá, lavé todo, lo barrí y arreglé y ya había dos tlachiqueros tratados y empezaron a trabajar. Cerca había otro tinacal y los tlachiqueros del rumbo entregaban ahí. Poco a poco, los tlachiqueros que trabajaban conmigo empezaron a invitar a los demás. Les decían: “ve a entregar con Carlitos, verás qué buen pulque y mira —les decían mientras se sonaban la bolsa—, ahí rayan de inmediato, no hasta mediados de semana”. Y así se fueron viniendo, primero uno, después otro y luego todos. Un buen día se presentó el señor Pedro Torres, que era el dueño del otro tinacal, para reclamarme.

—¿Usted quién es para andarse acarreado a los tlachiqueros?

—Mire señor, han venido por su voluntad, yo no fui a atajarlos, a decirles que se vengán.

—No pues, eso sí es verdad, pero vengo a pedirle un gran favor, que hoy en la tarde me lleven aguamiel todos esos que se vinieron para acá, pá’ poder refrescar el pulque y que mañana pueda yo medir para liquidar el tinacal.

—Señor, con todo gusto.

—Y, Fulano y Sutano son mis valedores, ellos le van a traer el pulque de mi tanda de la comunidad y yo vengo cada 15 días a hacer cuentas y a recoger mi raya.

Así quedamos en buenos términos.

Al principio, cuando llegué, no les caí bien a todos. El primer día después de que hice la limpieza le fui a pedir al administrador una carretilla de mano y me trató de manera muy despótica, me dieron la carretilla pero me la quitaron antes de que la pudiera usar. Por ese tiempo, yo embarcaba a mi mujer en la estación de Santa Gertudis y ella se apeaba en Apam, compraba su mandado y después esperaba el tren pasajero para Veracruz y regresaba por la tarde. Yo la esperaba en la estación para ayudarle con las bolsas. Un día domingo se apeó al mismo tiempo el administrador, yo lo vi, pero nomás le recogí las bolsas a mi mujer y nos seguimos

andando. El administrador le dijo al cochero: “déjame la volanta y vete tú caminando”, nos alcanzó y nos dijo que nos subiéramos. Ya arriba me preguntó:

- Dígame quién fue su padre.
- Pues mi padre es Clemente Gutiérrez.
- Pues si Clemente Gutiérrez es mi primo.

A partir de entonces, todo fue mejor, el tinacal creció hasta tener unos 35 tlachiqueros. Pasó el tiempo y llegó la fiesta del tres de mayo, se hizo una fiestecita y mi compadre Tillo, que era el semillero, tenía que mandar a bendecir la cruz. Y les dije a los tlachiqueros: “necesito que me den para comprar unos borregos” y luego los fui a comprar; el administrador me dijo: “escoge los cinco borregos que te vas a llevar y uno más que yo te doy, para ti, para que los tlachiqueros no vayan a decir que vas de gorra”. Mandé a matar los animales y los que me ayudaron se repartieron, uno las asaduras, otro la sangre, otro la menudencia y las cabezas, de modo que al hoyo nada más se metían las canales. En una troje me dieron permiso de hacer la fiesta y después de comer se les empezó a subir el pulquito. Al ver esto, mejor me fui a acostar. Ya tomados empezaron a decir: “vamos haciendo una *kermess*, para tener mañana con qué curárnosla” y pusieron un puesto que para vender pulque y pasaron unos músicos por la calle y los llamaron para animar. Pero a dos hermanos que no sabían lo que era una *kermess* no les pareció el precio del pulque, así que fueron a despertarme para pedirme dos cubos de pulque a su cuenta y se pusieron a repartir pulque de gorra, de modo que a los del puesto no les gustó y que se agarran. Total, que hasta los músicos salieron con daños en los instrumentos, algunos descalabrados y lastimados.

Al otro día fueron a darle parte al comandante de Apam y ahí viene en su bicicleta, a preguntar quién había organizado la fiesta, para fincarle las responsabilidades. Ya le expliqué todo como había estado y, como la llevaba bien con él, le dije: “mire, nomás me voy a darle una vuelta a mi tanda y de regreso lo espero a usted a comer, todavía tengo carne porque yo mandé a hacer un borrego aparte”. Y comimos y pulquito y pulquito, total que el comandante que vino en bicicleta ya no pudo regresar en ella y lo tuvimos que embarcar en el tren con todo y bicicleta.

El comandante siempre fue bueno conmigo, una vez metieron preso a mi cuñado, porque [alguien que] decía que le quería robar sus acémilas apareció muerto por ahí y que le echan la culpa y lo detuvieron. Y ahí fui a ver al comandante, para decirle que el hermano de mi esposa estaba preso:

- ¿Quién es?
- Pues Porfirio N.
- Pues si es el hermano de su esposa, lléveselo usted, nomás mañana hay que traerlo para que rinda declaración.
- Encantado de la vida.

Me lo llevé para mi casa y mi mujer le dio de cenar y le tendió su cama, al otro día, le dio de almorzar y ya lo fui a regresar. Por la tarde regresé por él otra vez, pero me dijo el escribiente: “ya se lo llevaron, vinieron cinco de a caballo y se lo llevaron”. Era Francisco Espejel, su concuño, presidente municipal de Calpulalpan.

Por ese tiempo, metí a mi hijo en un colegio particular de religiosas y había unas muy buenas y otras no. Cuando mi hijo salió del sexto año, tenía el primer lugar. Una noche salió mi hija Toña [la tercera] al zaguán, la vio una señora, la chuleó mucho y en la noche ahí estaba malísima. Mi esposa y mi hijo se pasaron la noche buscando un médico y luego consiguiendo las medicinas. Mi hijo no fue al examen que tenía al otro día. Entonces, cuando pidió su certificado, la monja no se lo quiso dar.

Por esos días me mandaron un citatorio de la presidencia municipal y, al tercer día, otro. A mí me avisaron en el rancho de La Palma, donde estaba como encargado y como mayor del tinacal, pero no pude venir luego luego y cuando llegué ya tenía un tercer citatorio. Aproveché el viaje y fui a ver a la monja para pedirle el certificado de mi hijo, cuando hablé con ella me dijo que no me daba nada. Yo le conteste: “está bien, madre, yo quería que el muchacho regresara al colegio, pero si usted no me da el certificado, no tiene remedio”. Saliendo de ahí, me fui a ver al presidente municipal:

—Buenos días, señor ciudadano.

—Buenos días, cómo te va.

—Señor, recibí unos citatorios y venía yo a ver de qué se trata.

—Ya son tres citatorios que te mando y te voy a meter en la cárcel, por desobediente. Te mandé llamar para que arregles lo de la fachada de tu casa.

—Está bien señor, deme unos 15 días y se lo empiezo.

—De ninguna manera, tú le entiendes a eso, así que ponte a darle ya.

En eso quedamos, me fui a confesar y me dijo el padre Bernardino:

—Te voy a dar un castigo, que el domingo te vengas de rodillas desde la puerta del atrio hasta el altar y te voy a decir el porqué del castigo, tú demandaste a las madres.

—No, padre, yo no las demandé.

—Voy a enterarme bien.

Pasó un rato y fue a ver al presidente municipal y éste le dijo que yo no le había dicho nada de las madres, que me había mandado llamar para tratar lo de la fachada de la casa. Todavía no sé cómo le hicieron para irle a contar lo de la demanda al padre. Viendo que nada podía arreglar, hablé con Carlitos y le dije:

—Pues ni modo que entres a otra escuela sin el certificado.

—Pues yo quería agarrar el oficio de usted.

Yo quería meterlo en una oficina, pero ya ni modo. Primero se fue a raspar magueyes, después aprendió conmigo y fue encargado de tinacal y se hizo cargo de mi parcela. Después, no faltó un muchacho que lo invitara para que se fueran a las fábricas a Sahagún; en ese tiempo, todavía no había fábricas acá, hubo quien lo recomendó y lo admitieron, ahora ya es operador de una máquina muy grande y gana lo que quiere. Ahora ya habla de que lo liquiden para que le den su dinero y pueda venirse a montar un negocito, en fin, ya veremos. A mí me da gusto que m'hijo ya no nada más haya sido campesino sino que supo salir, pero él dice que no quiere que sus hijos sean obreros, en fin... Siempre se busca algo mejor.

Mi segunda hija murió de 24 años, a consecuencia de que una señora la invitó a su rancho allá por Malpaís. Allá, otras muchachas que iban con ella le dijeron que montara un burro, ella no quería pero las otras le insistieron, diciéndole: "mira, éste es muy mansito, éste no repara" y se subió, lo pusieron al galope y se cayó, se golpeó en la cabeza. No nos dijo nada, pasó el tiempo y le daban dolores de cabeza muy fuertes, días estaba bien y días mal. Al tiempo, una monja muy buena que también se llamaba Lupe se la llevó para el convento y al año le regresaron los dolores de cabeza y se puso mala, me dijo la monja que ya estaba lista para recibirse pero que con su enfermedad no se podía. La llevé a Apam, con un médico muy bueno y sí se compuso algo, siempre estaba con la idea de regresar al convento y se puso a trabajar con la gente, a convencer a los amancebados de que se casaran. Después, un profesor se la quiso enamorar, pero ella decía que no, que ella pensaba que era casado.

Un día se puso muy mala, vino el doctor Masse<sup>34</sup> a verla y también vino el padre. Como a las ocho yo estaba descargando un camión que traía las mazorcas de la parcela, cuando me dijo mi esposa: "te habla Lupe, que ya está muy mala". La vi y me di cuenta de que estaba muy mala, entonces me subí a la cama y le puse su cabeza en mi brazo. Y como yo ya he estado con otras personas para acabar, sé que tiembla la cama cuando entra la muerte. Y tembló la cama la primera vez, le dije a mi mujer: "oye señora, dale tu bendición a mi hija", que se sale llorando y regresó poco después y dijo: "si a mi hija siempre le di la bendición cuando iba a algún lado, ¿por qué no ahora?" y se la dio. Y tembló una segunda vez y a la tercera se quedó como dormida.

Entonces ya fuimos a avisarle al padre y luego vinieron las señoritas de la Pía a estar con ella y no permitieron que ningún hombre llevara la caja sino puras señoritas. La sentí mucho, dicen que no es bueno llorar y efectivamente así es. La última vez que había estado favorable habíamos ido a comer a la parcela debajo de un tejocotito. Después de que murió, mi mujer la lloraba mucho y yo le decía que se consolara, pero cuando iba a la parcela, ahí me desahogaba. Un día en la tarde, vi pasar una sombra para el tejocotito y me quedé parado viendo a ver quién era,

<sup>34</sup> El primer médico titulado que hubo en Calpulalpan; llegó a esa población en 1946.

pero ya no salió del otro lado, me acerqué a ver y nada, entonces comprendí que no es bueno llorarla.

Un buen día, me vinieron a avisar que ya habían vendido el tinacal y que sacara mis cosas. Pues qué iba yo a hacer, otra vez nada más con lo de la parcela. Ese domingo, cuando salía de la iglesia con mi mujer y mis hijos, me alcanzó un compadre para decirme: “oye Carlos, ¿pues en qué líos andas metido? Te anda buscando el capitán”. Ese capitán tenía fama de duro, era el jefe de una partida militar y todos le tenían miedo. Yo pensé: “pues qué será, si no debo nada, en fin, a ver qué pasa”. Al otro día, a las siete de la mañana oí pasos afuera de mi casa, para un lado y para otro, me asomé y vi al capitán con su pistolota y un fuate en la mano. Me llamó y me dijo:

—Lo vengo a ver a usted porque Dominguito me dijo que donde trabajaba ya entregó.

—Sí señor, ya entregué

—Quiero que se haga cargo de mi tinacalito, el mayor que tenía me lo dejó tirado.

Fuimos al tinacal, con sus tinas de cuero y de madera, oliendo mal.

—¿Cuánto quiere usted ganar?

—Pues no sé lo que quiera usted pagar.

—Al que tenía le daba 35 pesos y la comida.

—Dispense, por ese precio nunca he trabajado yo, por primera semana me da usted 80 pesos y si después le gusta cómo me he desempeñado, me da usted 100 pesos.

—Bueno, de acuerdo.

Y me puse a trabajar, tiré todo el pulque malo, lavé las tinas y las puse a asolear, conseguí nueva semilla con un compadre. Ese capitán tenía un camión grande<sup>35</sup> y llevaba el pulque para Cuernavaca. En cada viaje [llevábamos] 18 o 20 barriles.

Un día que el capitán había salido, se presentó su hermano muy alzado y me preguntó por él, le dije que no sabía y se fue a ver a la esposa del capitán para decirle:

—Columba, necesito que me vendas cuatro barriles de pulque.

—A mí no me digas nada, dile al mayor, que es ése que está en la puerta del tinacal.

Entonces, ya me fue a ver para decirme que necesitaba el pulque.

—Estamos limitados porque el tinacal apenas está comenzando de nuevo y si le doy a usted no sé si nos ajuste.

<sup>35</sup> La construcción de la carretera terminó en 1946.

- Mire, yo soy hermano del capitán y lo necesito con urgencia.
- Bueno, siendo así le doy mita y mita, mitad de pulque bueno y mitad de pulque sintético.
- Sí, acepto.

Luego se fue a ver a la esposa del capitán y le dijo que le hiciera las facturas, pero ella no sabía hacerlas. Yo al principio no dije nada, pero yo sabía llevar los talonarios que daba la Secretaría de Hacienda. A esos talonarios había que recortarles unos cuadritos, con las fechas, las placas del camión y el destino. Así que les dije: “yo sé llenar las facturas”.

Ese asunto de las facturas era porque ya estaba pasando la época buena del pulque, de ahí para adelante las cosas ya no caminaron bien, los de la Dirección de Alimentos pusieron muchas obligaciones de cómo debía ser el pulque y en la aduana lo revisaban y, si no les gustaba, lo tiraban a la alcantarilla. Pura corrupción, si no les dabas dinero tu pulque no pasaba. Eso acabó con el pulque, para mí que los del gobierno, el tal Uruchurtu y los de salubridad, estaban de acuerdo con los de las fábricas de cerveza para acabar el pulque, ahora los jóvenes [beben] pura cerveza o bebidas fuertes. Como ya no fue negocio el pulque, mucha gente empezó a quitar sus magueyes porque estorbaban al paso de las máquinas para sembrar la cebada. Todo esto nos perjudicó a los que vivíamos del pulque.

Pero como el capitán tenía un mando militar, sabía cómo pasar su pulque a Cuernavaca sin problema; el que podía hacer eso tenía mucha ventaja.

Un día me dijo el capitán: “van a venir los dueños de las pulquerías en Cuernavaca, quiero que te encargues de atenderlos bien”. Y llegaron los señores aquellos y sin más, que me dice uno:

- ¿Usted es el mayor del tinacal?
- Pues, sí, señor.
- Y cuánto te paga mi compadre.
- 100 a la semana, señor.
- Oye tú, Atanasio, ya ni la amuelas, dale cuando menos 150 a este hombre, que más te está dejando.

Y así fue, me subió el sueldo. Al otro día, las tinas de las puntas estaban hechas agua. Yo me sorprendí, como aquél que tenía de polilla<sup>36</sup> era hijo del que estaba antes de mayor, le había echado porquerías al pulque y lo cortó.

Así que no tuve más remedio que tirar todo el pulque y con toda mi vergüenza ir a decirle al patrón: “mire usted cómo amaneció el pulque, la verdad no sé qué pasó, pero ayer que se lo presenté a los señores estaba bien”. Él se imaginó de quién era la culpa y lo corrió. Y yo, otra vez a empezar.

<sup>36</sup> Ayudante de ínfima categoría.

Con ese señor estuve varios años, después lo dejé y se hizo cargo uno de sus hijos. Como yo ya no podía andar de tlachiquero, vendí mis magueyes a otros, antes que me fuera a caer la plaga de los mixioteros.

Con mi mujer viví muy contento, como si hubieran sido 15 años y fueron 55. Al año de que murió mi esposa quise buscarme otra y, como voy mucho a la iglesia, como soy de la adoración nocturna, ahí vi a una mujer que le daba un parecido a mi esposa y pensé: “si ella no tuviera marido”. Yo veía que saludaba a un señor, Chavelito, y le pregunté qué era de ella, me dijo que era su hermano y me contó que era viuda. Se llama Carmen; un año estuve tratando pero no aceptó. Después conocí a otra muchacha, llamada Guadalupe, y un día me invitó a desayunar y después a comer, pero ya no fui, le mandé a avisar con mi hija que no iba. Después la invité a San Miguelito, pero ese día fue mi nieta conmigo y ya no le pude hablar, después ya decidí mejor quedarme así, gracias a dios no me falta nada, a mis hijos ya les repartí. Carlitos tiene la casa de enfrente y Toña a un lado.

Yo fui campesino, sabía sembrar la tierra, sabía escoger la semilla, cuidarla con abono natural, no con las porquerías que te venden y que cuando las usas se quema la tierra y ya no da sin abono artificial. No usaba insecticidas, ni esas porquerías, si Dios manda una plaga sabe por qué lo hace, si un año hay plaga al otro no hay. Así que para todas las criaturas alcanza, para qué las van a matar. Yo trabajaba de tlachiquero y cuando no había de tlachiquero, pues de peón y podía hacer mil matas de terradura grande. Sabía capar un maguey, buscándole las tres caras, si se puede con la primera, pues bueno, pero si está inclinado se le busca la segunda y así, de modo que quede bien sentado y no se vaya a escurrir el aguamiel. Se quita la primera penca que se llama “llave con el cuchillo”, a las dos pencas que quedan paradas se les nombra “banderillas” y sus puntas se clavan en las otras pencas. Se saca el meyolote<sup>37</sup> con un tronquito de mezontete,<sup>38</sup> de modo que al centro quede [como] cazuelita. Se deja añejar el maguey seis u ocho meses. Si no se sabe cortar el maguey, se dice que se “atronó” porque no le quitaron bien el meyolote y ahí viene de nuevo. Cuando es el tiempo de añejado, ya se comienza a raspar.

Yo fui campesino, no como los muchachos de ahora, que no saben nada de la tierra y todo lo que quieren es subirse en una máquina y que la máquina haga todo.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Un riesgo de la historia oral como la que aquí se ha presentado es que sea considerada un conjunto de anécdotas sin importancia, perdiendo de vista su utilidad como

<sup>37</sup> Centro del maguey para la explotación pulquera; debe ser removido antes de la floración.

<sup>38</sup> Tronco leñoso desarrollado por el maguey antes de la floración.

documento histórico. Se retoman algunas partes del texto de don Carlos tratando de construir un puente con señalamientos extraídos de la literatura sobre la materia.

Es necesario señalar que los 11 informantes aluden de forma sistemática algunos sucesos que identificaron puntos de quiebre o discontinuidades en la vida de don Carlos Gutiérrez y que actuaron sobre él “como miembro de un grupo social o clase” [Heller, 1987]. Estos puntos fueron, en primer lugar, la Revolución, entendida como las acciones políticas, económicas y sociales ligadas con la fase armada; además, los episodios concretos que tocaron su vida, como el caso de la hambruna ocurrida en la época de Carranza o los traslados forzados en busca de seguridad, hechos que finalmente condujeron a la pérdida del trabajo de su padre como empleado medio de la hacienda de Mazapa. Esta ruptura obligó a cambiar la forma de vida e incluso implicó que don Carlos se viera obligado a trabajar como valedor de su padre, quien en ese momento se desempeñaba como tlachiquero. El dramatismo de esta ruptura es evidente cuando don Carlos la señala como una época de mucho sacrificio, de pérdida de posición económica y distanciamiento obligado de su madre; en ese momento don Carlos debe haber tenido 12 años.

Naturalmente, cada uno de los 11 entrevistados narraría episodios distintos sobre la manera en que vivieron personalmente la transición de haciendas a ejidos. Tal es el caso de don José López, ejidatario de Mazapa y nativo de Xalostoc (cerca de Apizaco), para quien el momento dramático del cambio se presentó cuando su padraastro, un señor de apellido Herrera, fue asesinado cuando el tren del que era garrotero fue asaltado por una partida del general Adolfo Bonilla. Este hecho lo obligó a ganarse la vida a los siete años, trabajando como arriero de burros y su madre, como sirvienta.

Otro hecho que marcó el poder estructurador del movimiento militar revolucionario fue la gran hambruna atribuida por don Carlos a Jesús Carranza. Daniel Rivera, de Cuautla, antiguo pastor de la hacienda de Malpaís, dice:

Quando llegó la Revolución, pararon las haciendas y hubo mucha hambre, lo poco que teníamos nos lo quitaban los soldados, que el puerco, la gallina o el maíz. En ese tiempo murió mi papá; se fue a trabajar como peón, una semana iban unos y otra semana otros, por allá se mojó y se quedó así, para la noche le dio mucha fiebre, se murió en tres días, temblando. Muchos se morían porque estaban débiles, les daba cualquier cosa y no aguantaban.

Es significativo que don Carlos asocie la epidemia de influenza española con la hambruna, aunque según Desouchez [s/f] no ocurrieron exactamente en el mismo año, pero es muy posible que antes y después de esta gran hambruna existiera un hambre crónica, lo que habría provocado que la epidemia fuera especialmente mortífera.

En el relato existe un antes y un después de la lucha armada, aunque pocas veces ésta sea aludida como un combate. El antes tendría dos sentidos: un periodo dorado, cuando el padre de don Carlos tenía buena posición económica y él, “su ropa y sus buenos zapatos” y, por otro lado, es evidente que don Carlos tiene referencias indirectas de los encarcelamientos de los peones que no podían entregar su vale en la tlapixquera. Consecuentemente, lo ve como algo que ocurría antes, cuando no existía el decreto que eximía a los peones de sus deudas.

Dentro de la anormalidad de los tiempos, después de la lucha armada en la región y del periodo presidencial de Carranza, se restableció una cierta cotidianidad que permitió a don Carlos ser un hombre triunfador, con una trayectoria de vida con éxito dentro de la dinámica de las haciendas y así, pasó de “valedor” de tlachiquero al lado de su padre, a tlachiquero y después a capitán y por último, a mayor de tinacal, quien es una persona con un ingreso alto, según Nickel [1989], también tiene prestigio, es “alguien” dentro del mundo en el que don Carlos se desarrolló.

El relato pone de manifiesto los otros ingresos con los que contaba una persona de esa posición; por un lado, la entrega de maíz, que está documentada por Nickel. Si bien él plantea que ésta ya no existía en la fase terminal de las haciendas, el maíz también era recolectado por las mujeres en las mazorcas despreciadas por los cosechadores de la hacienda, a cambio de un trabajo adicional: transportar y acomodar el tlazol. Don Carlos tenía un pequeño negocio de venta de pan y cigarrillos, además, como una constante, estaba la venta del tlachilole, ya sea por trueque o por efectivo. Otros ingresos eran los obsequios y canonjías recibidos a cambio de medir a los compradores un buen pulque, no sintético.

Vale la pena rescatar los indicios sobre relaciones entre géneros, iniciando con las relaciones de noviazgo y, aunque don Carlos advirtió que tuvo novias, no amantes, poco después dice que sostuvo una relación con la sobrina de la esposa del pastor, “hasta que ya era como mi mujer”. Al menos en dos ocasiones, sus novias lo dejaron plantado para contraer matrimonio con otra persona. Resulta dramático el poder del hijo del trojero sobre la chiquilla de 14 años, con lo que puede entenderse una complicidad de la madre que esperaba mejorar su situación económica a partir de ese amasiato iniciado con una violación.

También se muestra el proceso de un matrimonio por rapto consentido, cuando él contrajo nupcias. El momento inicial fue de sanción, provocando la expulsión de la muchacha del seno familiar, para posteriormente alcanzar el perdón al regresar casados y con mejor posición económica.

Esta carrera se truncó por el reparto agrario; por ese momento, cuando las haciendas pararon porque el reparto ya era un hecho visible, nuevamente hubo hambre y problemas económicos; finalmente se restableció lo cotidiano. Este nuevo punto de quiebre fue mucho más puntual que la lucha armada, sin embargo, tampoco ocurrió

de un solo golpe; inició con los problemas económicos previos al reparto, pasó por la dotación provisional —en la que el tlachiquero se encontraba nuevamente al servicio de otros, en ese caso del comité de ejidatarios—; después vino el reparto definitivo y el establecimiento de una cotidianidad, caracterizada por la búsqueda de fuentes de ingreso diversificadas para lograr sobrevivir. En ese tiempo, don Carlos constantemente era mayor de uno u otro tinacal, al tiempo que cultivaba su parcela ejidal.

Esta nueva cotidianidad dio lugar a aspiraciones: don Carlos deseaba que su hijo ingresara en una oficina, pero esta esperanza se truncó por un hecho fortuito.

Esta vida basada en la complementación de ingresos de un oficio tradicional (tinacalero) y de su condición de ejidatario se truncó cuando, como consecuencia de la modernidad encarnada en las autoridades sanitarias, el comercio del pulque perdió su impulso. El prestigio y las posibilidades económicas del oficio tradicional se vieron mermadas paulatinamente. La zona cambió de región pulquera a cebadera y con ese cambio fue necesario adaptarse a una nueva condición, la de obrero. Sin embargo, la capacidad de don Carlos para cambiar su forma de vida había tocado su fin, fue su hijo quien tuvo la oportunidad —¿o la necesidad?— de cambiar.

De las primeras etapas, llama la atención la enorme movilidad laboral de don Carlos, desplazándose de una hacienda en otra. Este hecho ya había sido señalado por Nickel [1988], quien incluso documenta algunos vales de transferencia de deudas. Las deudas sí aparecen en el testimonio, pero don Carlos las veía como algo ocurrido en la generación de su padre y no como un problema directo o propio, excepto cuando alude a que en la hacienda de Terán los patrones daban “propinas”, pero luego las incluían entre las deudas, sin embargo, la alusión no se hace en primera persona y parece que lo ve como algo que ocurría a los peones y no a un tinacalero.

## BIBLIOGRAFÍA

### **De Certeau, Michel**

1985 *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana.

### **Del Castillo, Porfirio**

1953 *Puebla y Tlaxcala en los días de la Revolución*, México, *s/e*.

### **Desouchez, M.B.**

*s/f* *Calpulalpan, reforma agraria e industria nueva*, México, CONASUPO.

### **Heller, Agnes**

1977 *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.

### **Levi, Giovana**

1981 “Vida cotidiana de un barrio obrero: la aportación de la historia oral”, en *Cuicuilco*, núm. 11, México, ENAH, pp. 65-73.

**Martínez, Alejandro**

1987 Conferencia dictada en la Presidencia Municipal de Calpulalpan, Tlaxcala, 6 de octubre.

**Nickel, Herbert**

1987 *Relaciones de Trabajo en las Haciendas de Puebla y Tlaxcala (1740-1914)*, México, Universidad Iberoamericana.

1988 *Morfología Social de la Hacienda Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica.

1989 *Paternalismo y economía moral en las haciendas mexicanas del porfiriato*, México, Universidad Iberoamericana.

**Pereyra, Carlos**

1982 Historia ¿Para qué?", en Huerta, Eugenia (ed.), *Historia ¿Para qué?*, México, Siglo XXI editores.

**Ramírez, Mario**

1983 *El sistema de haciendas en Tlaxcala*, México, CONACULTA.

**Rendón, Ricardo**

1990 *Dos haciendas pulqueras de Tlaxcala, 1857-1884*, Tlaxcala, Universidad Iberoamericana.